

## JORNADA QUINTA

---

### ESCENA PRIMERA

Sala baja en la Pardina.

EL CONDE, sentado; EL MÉDICO, que entra á visitarle,  
y se sienta á su lado.

EL MÉDICO

¿Qué tal, señor Conde? ¿Ha pasado usted mala noche?

EL CONDE

Malísima... Insomnio, ideas lúgubres, ideas de exterminio; cosa nueva en mí, pues aunque de genio impetuoso y autoritario, nunca hice mal á nadie. Al contrario, mi ruina proviene del...

EL MÉDICO, interrumpiéndole.

Ya lo sé: del altruismo desordenado, de no saber contenerse en la generosidad y protección á todo bicho viviente.

EL CONDE, con amargura.

He cultivado la ingratitud. En el jardín de mi vida, las rosas que planté se me han convertido en zarzales, y entre ellos... no faltan culebras.

EL MÉDICO, pulsándole.

Tenemos que enfrenar los nervios, y, sobre todo, cerrar la llave, el grifo de la ideación, demasiado afluente.

EL CONDE

Facilillo es eso... ¡Tasarle á uno las ideas ó medirselas con cuentagotas!

EL MÉDICO

Todo depende de que usted trate de contener su vida cerebral en los límites de lo presente, de lo práctico, y, si se quiere, de lo prosaico. ¿Me explico?

EL CONDE

Sí, hijo, sí. Entiendes por poesía la idea exaltada del honor, de la justicia. Es un rodeo parabólico para evitar el empleo de la palabra *locura*. (El Médico deniega risueño.) ¡Y queríais curarme con la prosa de Zaratán!

EL MÉDICO, cortando todo motivo de excitación.

No se hable más de eso. Considérelo usted como una broma. Y si me apura, le diré que nos equivocamos... en el procedimiento, se entiende... (El Conde intenta decir algo; pero Angulo, que considera peligroso aquel tema, le quita la palabra cortésmente.) ¡Sí... la libertad, la preciosa libertad!... Estamos conformes... Ahora explíqueme usted por qué le encuentro hoy más desanimado y caviloso que otros días.

EL CONDE

¿Pero estás en Belén? ¿Ignoras que Lucrecia ha vuelto de Verola... y que viene de mal talante, y con la malvada intención de llevarse á las niñas?

EL MÉDICO

En su buen juicio, no desconocerá usted que las señoritas necesitan otro ambiente, otra sociedad...

EL CONDE, afligidísimo.

¡Privarme del único consuelo de mi vida! No, no lo consiento, no puedo consentirlo. (Airado, golpea el brazo del sillón.) Me opongo, me opondré resueltamente, y por cualquier medio, al inicuo monopolio que esa perversa quiere hacer del cariño filial.

EL MÉDICO

Sosieguese... Ya trataremos de arreglarlo.

EL CONDE

Sí, sí... ¡Buenos arregladores sois vosotros! ¡Qué amigos me han salido en esta tierra, donde creí haber arrojado á manos llenas simiente de bendiciones!... ¡Pero qué remedio!... No puedo hacer que las piedras se vuelvan amigos.

EL CURA, entrando jovial, de rondón.

¿Qué... qué dice? ¡Ya nos está poniendo de hoja de perejil! (El Conde le mira y calla.) ¿Qué ocurre por aquí? Me dicen que el señor Conde desea verme...

## EL CONDE

Si, Carmelo... Caigo, me hundo, y en mi desolación me agarro á lo único que encuentro: á las piedras, á vosotros.

## EL CURA

Comprendido: se agarra á lo firme, á lo que seguramente le sostendrá.

## EL CONDE, con tristeza.

No sois buenos, no... (El Cura sonríe, y hace señas al Médico.) Pero no está el tiempo para disputas, Carmelo. No eres bueno, pero te necesito.

## EL CURA, risueño.

Quiere decir que soy un mal necesario.

## EL CONDE, impaciente por entrar en materia.

Dos palabras: te perdono lo de Zaratán, y á ti también, Angulo. Olvido la pesada broma, á condición...

## EL CURA

Á condición de que hagamos comprender á la Condesa que es una triste gracia arramblar con las niñas.

## EL CONDE, dolorido.

Es inicuo, cruel...

## EL CURA

Pero como á Lucrecia no le faltan motivos razonables para presentar á sus hijas en socie-

dad, á las manifestaciones que le hagamos en el sentido que pretende nuestro arrogante león de Albrit, contestará mandándonos á paseo. La cosa es tan lógica, tan sencilla, tan racional...

## EL CONDE, vivamente.

Vete á verla, Carmelo; vete allá...

## EL CURA

¡Si de allá vengo! Pero no ha querido recibirme. Ni las moscas pasan á verla. Según me ha contado Vicenta, viene la Condesa de Lain en un estado moral lastimoso. Algo ha ocurrido en Verola que la contraría, que la aflige profundamente. ¿Qué ha sido? Lo ignoramos. Dicen que está abatidísima, los ojos encendidos de tanto llorar, y la pena que agobia su alma la desahoga con los pobres pañuelos, haciéndolos trizas con los dientes.

## EL CONDE, con hondo interés.

¿Y qué creéis vosotros? ¿Ese estado de su ánimo será favorable ó adverso á lo que yo pretendo?

## EL MÉDICO

Antes de responder, sepamos la causa de ese duelo.

## EL CONDE

Sea lo que quiera, tú, *pastor Curiambro*, vuelves allá. Le dices que vas de parte mía...

EL CURA

¿De parte del león?... Razón más para que me dé con la puerta en los hocicos.

EL CONDE

No lo creas. Vas como representante de Albrit, para proponerle una transacción ó componenda.

EL CURA

Ya me figuro. Puesto que se disputan las dos niñas... á dividir. Es un juicio harto más fácil que el de Salomón.

EL MÉDICO

Partes iguales. No está mal pensado.

EL CONDE, con gran viveza.

Ni puede concebirse solución más práctica y elemental. Una para ella, otra para mí... Pero esa condición precisa que yo escoja la mía.

EL CURA

Si, sí. Con proponérselo nada perdemos. Falta que se ponga al habla, y que yo pueda hoy dedicar mi tiempo á estos negocios. Señor Conde, esta noche predico.

EL CONDE

Ya tendrás tu sermón bien guisado... Preséntate á Lucrecia... pero pronto... No te descuides.

ESCENA II

EL CONDE, EL CURA, EL MÉDICO, DOLLY

DOLLY, quitándose el sombrero.

Aquí me tienen otra vez.

EL CURA

¿Y tu mamá, está mejor?

DOLLY

Un poquito más sosegada. (Al Conde.) Como no podemos atender á las dos casas á un tiempo, hemos determinado partirnos.

EL CONDE, con alborozo.

¿Os partís?... De eso hablábamos, hija mía.

DOLLY

Allá se queda Nell con mamá, y yo me vengo á la Pardina para cuidarte á ti.

EL CONDE

¿Lo veis? Su grande inteligencia, sin ninguna sugestión de mi parte, percibe y pone en ejecución la componenda lógica.

EL CURA

Yo dudo que...

EL CONDE, inquietísimo.

¿Dudas?... Oh, Carmelo, no me quites la esperanza, no aumentes mi congoja. ¿Te ríes?

## EL CURA

Sr. D. Rodrigo de mi alma, ni he dicho nada, ni me he reído, ni haré más que cumplir fielmente sus órdenes. Vuelvo allá.

EL CONDE, desconcertado, variando de pensamiento á cada instante.

No, no vayas; aguarda... Si, sí, vete y dile...

## EL CURA

¿En qué quedamos?

EL CONDE, decidiéndose.

En que vas. Pero te limitas á anunciarle que yo la visitaré hoy mismo para tratar con ella de un asunto de familia. Cosas tan delicadas no puedo fiarlas á nadie. *Tete à tete* la pantera y el león, yo propondré...

## EL CURA

Y puede que la convenza, sí, señor... Hay panteras razonables. (Se aparta y habla con Dolly.)

EL MÉDICO, despidiéndose.

Luego volveré. Supongo que seguirá usted en la Pardina.

## EL CONDE

De ningún modo. No me faltará hospitalidad en cualquiera de las casas de labor, ó de las bañas que fueron mías. En Forbes, en Polán y Rocamór, todos mis antiguos colonos están deseando que el viejo Albrit llegue á su puerta,

pidiéndoles un pedazo de pan y un albergue humilde. Verdad que en ninguna de estas casas hallaré las comodidades de la Pardina. Pero no me importa; prefiero guarecerme en la última choza de pastores, á soportar aquí la estolidez egoísta de estos ingratos. A otra parte con mis huesos. Iré de puerta en puerta, con la esperanza de encontrar un corazón noble, un alma cristiana...

## EL CURA

Bueno; pues... ya vendré con la respuesta.

## EL CONDE

Aquí te aguardo.

## EL MÉDICO

Hasta luego.

EL CURA, aparte al Médico, retirándose ambos.

Al fin, nuestra pobre fiera apenará con Zaratán.

## EL MÉDICO

¡Si es lo mejor!

## EL CURA

¡Lo único, señor, lo único! (Salen hablando.)

## DOLLY

Abuelito, tengo que decirte una cosa. Que te quiero mucho, mucho.

EL CONDE, con viva ternura, abrazándola.

¡Corazón grande!

DOLLY

Y vas á saber otra cosa.

EL CONDE, poniendo el oído.

¿Es también secreta?

DOLLY, amorosa.

Sí, muy reservada... Que no se entere nadie. Quiero seguir tu suerte. Si pasas trabajos, yo también... Si vas de puerta en puerta como dices, también yo... Yo contigo, siempre contigo.

EL CONDE, con intensa emoción.

¡Señor, qué alegría!... ¡Compensación hermosa de mis infortunios! Todo lo que padeci, quebrantos de fortuna, humillaciones, pérdida de seres queridos, se contrapesa con este inmenso galardón de tu cariño, que Dios me da sin yo merecerlo... (Abrazándola y besándola con efusión.) ¿Pues qué merezco yo, que nada soy, que nada valgo ya?... Dios da la bienaventuranza en esta vida, ya lo veo... á mí me la da. No necesita uno morir, no, para entrar en el Cielo... (Pausa.)

DOLLY

En la prosperidad ó en la desgracia, abuelito, tu Dolly no te abandonará.

EL CONDE, con majestuosa solemnidad, levantándose.

Y yo, por el nombre de Albrit, por los gloriosos emblemas de mi casa, por todos y cada uno de los varones insignes, y de las santas

mujeres que de ella salieron, asombro y orgullo de las generaciones; por la conciencia del honor y de la verdad que Dios puso en mi alma, por Dios mismo, juro que antes me harán pedazos que arrancar de mi lado á la que es luz, consuelo y gloria de mi vida.

## ESCENA III

Jardín del Alcalde.

EL ALCALDE, en zapatillas, con batín de vistosos cordones, como un húsar; LA ALCALDESA, EL CURA, SENÉN.

EL CURA, que acaba de entrar.

Aquí otra vez; mas ahora no vengo por mi cuenta. *Mensajero soy, amigo...*

EL ALCALDE

Ya, ya... Alguna nueva *leonada*.

LA ALCALDESA

¿Pero qué quiere ese hombre?

EL ALCALDE, en jarras.

Ya me va cargando á mí ese fantasmón, que, después de todo, no es más que un desagradecido, pues bien podía mirar que, enchiquerándole en Zaratán, le dábamos más de lo que merece la polilla de sus pergaminos... Agradezca que da con un hombre de mi pasta... (No se refiere á la de sopa.)

EL CURA

Amigo mío, hay que respetar las grandezas caídas.

EL ALCALDE

Pues digo... ¡los moños que se puso anoche, María Santísima!...

LA ALCALDESA

Hijo, como no somos aristócratas...

EL ALCALDE

Y hay más. Bien sabía el vejete que ayer celebrábamos tu fiesta *monástica*...

LA ALCALDESA

Onomástica.

EL ALCALDE

Y ni un recado de atención, ni una fineza... Pues digo, la niña segunda, esa Dolly, ha heredado el tupé y la caballería andante ó cargante de todos los Albrites y Laines del obscurantismo. ¿Pues no se me subió á las barbas la muy mocosa? ¡Si la hubieras oído, Vicenta!... Y todo ello cuando acabábamos de atracarla de dulces y de atenciones, aquí, en tu fiesta *numismática*.

LA ALCALDESA

Ono...mástica...

EL ALCALDE, bufando.

Lo mismo da... Sacan ahora unas palabras que le vuelven á uno loco... Acabaremos por tener que hablar por señas.

EL CURA

Lo de anoche, mi querido Monedero, ha perdido su interés con la vuelta repentina de la Condesa en ese estado de tribulación que ustedes me pintaron esta mañana.

EL ALCALDE

Lo que digo á ésta: menudo *jollín* habrán armado en Verola los duques y marqueses...

EL CURA, á la Alcaldesa.

¿Y no se espontanea con usted, no le cuenta...?

LA ALCALDESA

Ni una palabra.

EL ALCALDE

Este tunante de Senén debe de saber algo. Pero ahora, desde que ha dado en tener *bouquet*, como el vino de Burdeos, se nos ha vuelto tan reservadillo, que ni con sacacorchos se le destapa la boca. (Los tres miran hacia un cenador, cubierto de madresevas, en cuyo interior está Senén, sentado, tristón, mirando al suelo.) Tú, funcionario, ven acá... ó te voy á poner en mi jardín de estatua de la Hacienda pública esperando un ministro.

LA ALCALDESA

Desde las ocho de la mañana le tiene usted ahí, esperando audiencia de la que fué su ama.

SENÉN, destemplado, acercándose.

Ya he dicho que no sé nada.

EL ALCALDE

No negarás que estuviste en Verola.

EL CURA

¿Qué personas de viso había en el castillo de Donesteve?

SENÉN

Anda, anda... ¿quién las puede contar?

EL ALCALDE

¿Á que no faltaba el Marqués de Pescara?

SENÉN

Llegó el lunes, y con ellos Duques de Utrech y sus hijos; y el martes otros y otros...

EL CURA

¿Viste á la Condesa?

SENÉN

Sí, señor... Cuatro minutos nada más.

EL CURA

¿Qué cara tenía?

SENÉN

La de siempre: la bonita.

EL CURA, riendo.

Pues si no nos das más noticias, debemos decirte que nos devuelvas el dinero.

EL ALCALDE

Este es muy cuco y no se compromete.

LA ALCALDESA, viendo entrar en el jardín á Consuelito con medio palmo de lengua fuera.

Aquí viene Consuelito, y en la cara le conozco que no ha perdido el tiempo. Trae comidilla.

EL ALCALDE

Con tal que no sea fiambre...

ESCENA IV

LOS MISMOS; CONSUELITO

CONSUELITO, gozosa.

Ya estoy de vuelta, y con las alforjas bien repletas.

EL CURA

¿La de la espalda?

CONSUELITO

Las dos... Sois unos mandriás, que aguantáis sin rascaros la comezón de la curiosidad. Yo no puedo: ó averiguo lo que no sé, ó reviento.



EL ALCALDE

¿Sabes algo, maestra?

CONSUELITO

¿Cómo algo?

EL CURA

Y algos.

CONSUELITO

No me ofendáis suponiendo que sé las cosas á medias. No: Consuelo Briján, ó las ignora por entero, ó las sabe de cabo á rabo; y todo, todito lo que pasó ayer en Verola lo conoce ya... y vosotros... ni palabra... y estáis rabiando porque yo os lo cuente: de donde resulta que sois tan curiosones como yo; pero hipócritas al propio tiempo, porque os regaláis con la fruta que buscan los que llamáis chismosos... ¡Ay, dejadme que me siente!... estoy cansadísima... he venido volando para contaros... No, no: punto en boca. Ahora me vengo de los hipocritones, negándome á darles la golosina... (Gozándose en la ansiedad de los que la rodean.) No, no: no digo nada. Sois más fisgones que yo, y más ávidos del escándalo ajeno que yo... Mira, mira los ojos chispas del Alcaldillo... Y el curita... cómo se relame esperando el dulce... Pues me callo... Soy muy discreta... No me gusta meterme en vidas ajenas. (Con énfasis cómico.) Es pecado; es falta de caridad, de delicadeza... Cada cual se las arregle para buscar la comidilla, que á mi mi trabajito me ha costado sacarla de las entrañas de la tierra. ¡Ahora se fastidian, se fastidian!

EL ALCALDE

Vaya, no marees, y dinos lo que sepas.

EL CURA

¿Pero cómo puede usted saber...? ¿Acaso tiene espías en Verola?

EL ALCALDE

Los tiene en todas partes. Son correspondales que le escriben, y hasta le ponen telegramas.

CONSUELITO

Espías, no; pero tengo mi representación en Verola. ¿Cómo no, habiendo allí tanta gente gorda de la que da que hablar, y estando además Lucrecia, que por sí se basta y se sobra para dar materia á setenta correspondales?

LA ALCALDESA

Pues suelta la sin hueso. Abre la espita. ¿Qué ha ocurrido?

CONSUELITO, sin poder contenerse.

Una bronca fenomenal. Lucrecia ha reñido con el Marqués de Pescara, el cual en una entrevista que tuvieron en la estufa, debió de insultarla... ¡Cosas tremendas, señores, que ponen los pelos de punta! ¡Qué tal habrá sido la gresca, que de ella resultó desafío...!

EL CURA

Dios nos asista.

CONSUELITO

La conducta del de Pescara no le pareció bien al Duquesito de Malinas... Que si esto, que si lo otro, que patatín y que patatán. Salieron desafiados para la frontera, donde á estas horas se habrán disparado el uno al otro la mar de tiros.

LA ALCALDESA

Pero la causa, el porqué de toda esa zaragata...

EL ALCALDE

Vete á saber. Probablemente celos...

CONSUELITO

Algún motivo daría Lucrecia para que el Marqués echara los pies por alto.

SENÉN, vivamente.

No habrá sido la Condesa quien ha dado el motivo, sino el Marqués, que hace tiempo venia faltando...

EL CURA

¡Ah! tunante; luego tú sabes... Permítame la señora Doña Consuelo Briján que ponga en cuarentena todo ese folletín de *La Correspondencia* que acá nos trae...

CONSUELITO

Mis informaciones, Sr. D. Carmelo, son siempre *competentemente autorizadas*, y proceden...

EL CURA

De chismes de lacayos ó marmitones.

EL ALCALDE

Eso no: el corresponsal de mi prima en Verola es un punto que sabe su obligación.

LA ALCALDESA, riendo.

Tadea, la planchadora de los Donesteve.

EL ALCALDE

Y que no se descuida. Larga unas cartas de seis pliegos, llenos de garabatos, que parecen una alambarrera. Esta sola los entiende.

CONSUELITO

Y que no se le escapa nada. Antes de la gresca, los Donesteve y Lucrecia habían concertado casar á Nell con el Marquesito de Breda, primogénito de Utrech.

EL CURA

Buena boda. ¿Y á Dolly?

CONSUELITO

Seguían los tratos para apalabrarla con el hijo segundo.

EL ALCALDE

Eso se llama barrer para adentro.

LA ALCALDESA

¿Y qué más?

CONSUELITO

La noticia gorda, la bomba final... ¡Ah! esa no te la digo si no me la pagas en lo mucho que vale.

LA ALCALDESA, riendo.

¿Qué quieres por ella?

CONSUELITO

Me has de dar el tarro de dulce de coco con batata que recibiste ayer de la confitería. Ya sabes que me muero por el coco.

EL CURA, á carcajadas.

¡Golosa había de ser!

EL ALCALDE

Está bueno. ¡Que le den el dulce por las mentiras!

CONSUELITO, poniendo morros.

Pues si no me lo dan, no hay caso. No suelto una palabra.

LA ALCALDESA

Hija, no: lo que es el coco, no lo catas...

CONSUELITO

Pues no cataréis vosotros la miel que tanto os gusta... ¿Ves, ves al curita cómo se relame?...

EL CURA, riendo.

Vicenta, déle usted el tarro, ¡por San Blas! porque si no se lo dan, no habla; y si no habla, revienta.

LA ALCALDESA

Bueno; le cederé la mitad.

CONSUELITO

Anda, cicatera... Pues la noticia es que á Lucrecia le dieron como unos siete ataques espasmódicos, seguiditos.

EL ALCALDE

Bah, bah...

CONSUELITO

Espérate... Y se tiró de los pelos, y se abofeteó á si misma, diciéndose por su propia boca muchas más abominaciones que han dicho de ella las bocas de los demás.

EL CURA

Principio de arrepentimiento.

CONSUELITO

Como que reconocía que por haber sido ella tan alegre de cascos, pasan estas trifulcas. Y consternada, medrosa del Infierno, volvió los ojos á la verdad, y... vamos, que se le ocurrió confesarse. (Estupor general.)

EL CURA, officiosamente, á la Alcaldesa.

Pásele usted recado, Vicenta. Dígale que estoy á sus órdenes.